

SOLIDARIDAD O DESINTEGRACION

Por GUNNAR MYRDAL.
México. Fondo de Cultura Económica
1956.

LA última obra de Gunnar Myrdal, que aquí se comenta, constituye una valiosa aportación al estudio de las relaciones internacionales, especialmente en su aspecto económico, aspecto que tanto necesita de análisis y orientación.

Cuatro son los fenómenos que sirven de fundamento y motivación de su estudio:

1º—El poder adquisitivo real del hombre común en el mundo, ha descendido en los últimos veinte años y posiblemente desde el comienzo de la centuria, según los estudios de H. W. Singer.

2º—El desarrollo económico de las distintas naciones del planeta se acrecienta en los países avanzados y se estanca o retrasa en los subdesarrollados, ampliando la distancia que los separa.

3º—La movilidad de los factores de producción que imperaba en grandes extensiones del mundo antes de la Primera Guerra Mundial ha ido decayendo progresivamente hasta quedar casi totalmente eliminada en lo que a factor trabajo se refiere y severamente restringida en el factor capital.

4º—Los grandes movimientos de reforma social, iniciados en los principales países de occidente en la última mitad del siglo pasado, que han logrado sorprendentes triunfos en sus naciones de origen, han afianzado el nacionalismo económico en éstos y, por lo tanto, debilitado extraordinariamente esta movilidad internacional de factores de producción, con grave merma del sentido de solidaridad internacional.

Bajo estas condiciones, Myrdal prevé, por un lado, una situación crecientemente angustiosa para los países subdesarrollados, al despertarse sus ansias de adelanto, acrecentarse la presión demográfica y limitarse los recursos exteriores con que disponen para sustanciar el mismo; y, por el otro, menor disponibilidad de parte de las naciones industrializadas para sacrificar parte de sus ventajas con miras a promover el desenvolvimiento mundial.

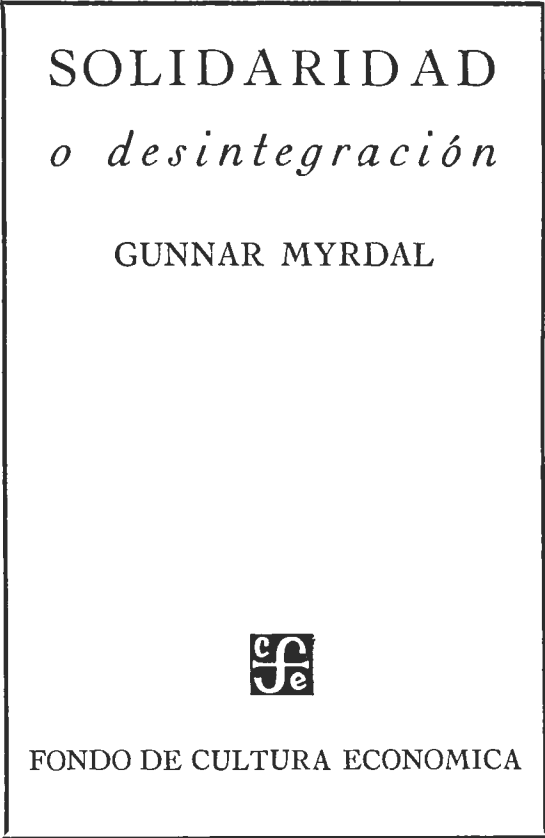
Esta situación, estima el autor, puede modificarse sólo mediante un cambio en las actitudes populares de los países adelantados junto con una mayor y creciente experiencia en los beneficios de la solidaridad internacional.

Gran parte de libros se dedica, además, a hacer un análisis comprensivo de las dificultades económicas de los países subdesarrollados, las características de su comercio, estructura social y administración pública y de las técnicas utilizables para lograr el progreso de los mismos.

Sin embargo, el peso de los cuatro fenómenos fundamentales apuntados, dan a la obra una nota de pesimismo que colorea todo su contenido; ya que no se vislumbra, salvo una revolución de tipo sicológico casi religioso de dudosa plausibilidad, este cambio de actitudes, del que depende la paz y la equidad en el mundo. Además, no puede evitarse la sensación de que Myrdal cree que nos encontramos en un callejón sin salida, y que por eso se ve obligado a recurrir al *deus ex machina* del cambio sicológicoreligioso del sentir popular, que haga factible una extensión de actitudes más generosas del ámbito nacional al internacional.

Esto aparece con mayor claridad al recogerse algunas de las observaciones hechas acerca de los Estados Unidos, al efecto de que, su enorme riqueza le permite la ineficiencia de los pequeños egoísmos comerciales. En distintos grados, éstos serían aplicables a los demás países industrializados, por lo que la modificación sicológica deja mucho de parecer factible.

La descripción que Gunnar Myrdal hace de la situación mundial, es penetrante y real, pero su análisis de la manera como debe ser modificada se encuentra afectado por un enfoque teórico derivado inevitablemente de las experiencias de los grandes países industrializados e inapropiada para explicar ciertos aspectos del fenómeno



políticoeconómico de los países subdesarrollados y la orientación de sus esfuerzos de superación. El mismo Myrdal señala, al citar la orientación dada por R. Prebisch a la C.E.P.A.L., las dificultades teóricas con que tropieza la teoría económica al examinar la situación de los países subdesarrollados, por el hecho de haberse elaborado esta ciencia en situaciones y por tratadistas permeados de condiciones ambientales distintas. Myrdal hace esfuerzos, frecuentemente exitosos, por romper los moldes conceptuales de la ciencia económica general y la obra que comentamos tiene muy a menudo intuiciones de inestimable valor; pero el autor, desafortunadamente, no sigue la elaboración de las mismas hasta sus puntos lógicos finales.

El primer concepto teórico que tal vez habría merecido mayor análisis, es el fundamental de la integración. Aquí habría valido la pena, por lo menos, por razones metodológicas, diferenciar entre la integración social, la integración económica y la función de ambas dentro de un ámbito nacional y dentro de uno internacional.

La primera diferenciación, entre la integración económica y la integración social, nos habría permitido separar, por lo menos conceptualmente, por un lado, la reforma social, que es, tal como lo expresa Myrdal "igualdad de oportunidades", para los habitantes de un Estado y mejor distribución de los ingresos entre ellos, y por el otro, la integración económica, que es técnica más que ideal humanista y que consiste en combinar factores de producción con miras a incrementar ésta, aparte del problema democrático de la distribución de la misma.

Hecha esta diferenciación, se habría visto que la integración social sí tiene el efecto señalado por Myrdal de incrementar el nacionalismo y debilitar los lazos internacionales, pero que la integración económica, como técnica amorala que es, tiende más bien hacia la expansión de los lazos internacionales, aun cuando la presión de la integración social no le permita manifestarse en todo su vigor.

De esta manera, tenemos que si la integración social es factor de desintegración internacional y la económica factor de solidaridad, la trayectoria que se plantea a los países subdesarrollados para salir de su atraso queda aclarada por lo menos inicialmente. La reforma social, por más deseable que sea desde un punto de vista general, no es el primer paso que deban tomar muchas naciones para incrementar su productividad, y ni siquiera es el primer paso que deba tomarse para lograr un régimen social más justo.

Vistas las cosas de esta manera, tenemos que la cooperación entre países subdesarrollados, por la que aboga Myrdal, adquiere una importancia mucho más trascendental. No se trata meramente de fortalecer, a través de estos lazos, la capacidad de regateo de los países subdesarrollados frente a los países industrializados. Como dice el mismo autor, poco se lograría aun con esta especie de sindicalización, en vista de la reducida proporción que el comercio de estos Estados representa en el comercio mundial. No, la cooperación que señala Myrdal es imprescindible, más que para aumentar la capacidad de regateo, para permitir una más eficiente localización de los limitados recursos iniciales de que disponen los países atrasados.

Planteadas estas cosas como una necesidad puramente económica y divorciada de la integración social vertical de cada país, es decir, de la reforma social, adquieren mayor fuerza y comprensibilidad los movimien-

tos macronacionalistas. De entre éstos, es el panarabismo el más fuerte y avanzado. Y, como señala el mismo Myrdal, hay elementos para movimientos similares en la América Latina o por lo menos en Hispanoamérica y a éstos cabría añadir ciertos brotes, todavía en el ámbito intelectual, de un nacionalismo racial del Africa negra.

Movimientos de este tipo tienen más capacidad dinámica, por supuesto a largo plazo, que una transformación mental de los pueblos avanzados, que los haga querer compartir con los atrasados la capitalización que crecientemente pueden utilizar dentro de sus propias fronteras y para su propio beneficio. La esperanza que tiene Myrdal de que esta transformación psicológica pueda efectuarse a través de una experiencia creciente de la redituabilidad de los contactos internacionales, es dudosa, puesto que esta redituabilidad se compararía siempre con la de los lazos intranacionales y estos últimos resultarían siempre gananciosos.

Los macronacionalismos mencionados tienen, además, mayor posibilidad real, porque, planteados sin énfasis en la reforma social, son capaces de unificar distintas clases sociales en los países afectados, así como también, fuerzas que, frente a la integración social, resultarían refractarias, tales como muchas de las religiosas y otras instituciones tradicionales que, sin embargo, se fundirían en movimientos puramente nacionalistas. Es decir, que la primera etapa del desarrollo de los países atrasados debe enfatizar la integración geográfica y no la integración social. La primera, polariza todas las fuerzas reaccionarias y progresistas de un país, mientras que la segunda además de dividir las, produce, a la postre, un afianzamiento del nacionalismo provinciano.

Efectuada la integración horizontal o sea la macronacional y unificada una amplia área geográfica, la mejor utilización de los recursos producirá incrementos en la productividad que harán posible una mayor y menos dolorosa capitalización y, a la postre, la misma integración social que se busca como objetivo final; el mismo Myrdal señala repetidas veces que la reforma social en Europa Noroccidental y Norteamérica requirió, primero, un más alto nivel de productividad que la existente con anterioridad.

Myrdal ha logrado señalar, con gran nitidez en su obra, el callejón sin salida, para fines de la integración internacional, que representa la integración social. Lástima que no haya podido explorar la otra alternativa. Los pueblos subdesarrollados, sin embargo, parecen haber intuido, ahí donde es posible por existir antecedentes históricos apropiados, cuál es el camino a seguir. Pero les hace falta teóricos del calibre de Myrdal que elaboren la senda y expliquen su significado tanto a los pueblos directamente afectados como a los reductos imperiales prevalecientes.

Si se llegara a aceptar la conveniencia y la redituabilidad general de las nuevas grandes conformaciones nacionales, estaríamos en vías de resolver el problema del desarrollo económico por lo menos para muchas áreas atrasadas del mundo. Para los países no arábigos ni comunistas del Asia, habría que idear sistemas distintos, ya que no se descubre en ellos movimiento alguno de fusión de nacionalidades, ni existen antecedentes históricos y sociológicos que permitan anticiparlos.

De todas maneras, el análisis de Gunnar Myrdal logra barrer del campo concepciones absurdas y amplía las bases de lo que muy bien podría resultar una disciplina intelectual individualizada: la de la teoría de la integración mundial.

H. F. P.